

Presencia y potencia de Sánchez Albornoz

Por José Antonio Vaca de Osma (1)

La muerte de don Claudio Sánchez Albornoz en su tierra de Avila cuando todavía verdeaban las mieses en torno a la muralla, ha sido un acontecimiento no por esperado menos sentido y menos importante en la vida cultural española. Digo bien en la cultural, porque, a pesar de los destacados puestos que ocupó de un modo un tanto efímero o, al menos, sin excesiva singularidad, no será la política la que le haga pasar a la posteridad. El buen don Claudio, tenaz, consecuente siempre con sus ideas, republicano, liberal, demócrata y, sin que nunca apreciase la menor incompatibilidad, el más tradicionalista, el más conservador de nuestros historiadores, el pensador contemporáneo más enamorado de la Monarquía española y el más fervoroso creyente.

La desaparición de una personalidad tan ingente como la de Sánchez Albornoz, una de las primeras de nuestro siglo, ha desbordado la prensa y todos los medios de comunicación de artículos, comentarios y estudios necrológicos encomiásticos. Los más interesantes, sin duda, los de sus discípulos, una pléyade de historiadores, medievalistas en especial, que forman ya escuela. El más deleznable, el de un pseudo historiador, de cuyo nombre no quiero acordarme, que ha querido, como en él es costumbre, utilizar a don Claudio como panfleto político.

Como es natural, ha salido a relucir la larga y prolífica biografía de sus noventa y un años, la bibliografía que inicia casi adolescente y termina

(1) Diplomático e historiador.

en vísperas de su último viaje al claustro de la catedral de Avila. La figura del maestro se agiganta, se subraya su infatigable tarea de investigador y se destaca au ánimo constante de polémica, de la que es muestra señera la que sostuvo con otro maestro, Américo Castro, acerca de la esencia de lo español.

La lista de premios, entre ellos el "Feltrinelli" y el "Príncipe de Asturias", los múltiples doctorados "honoris causa", los títulos y distinciones, una de las últimas la Gran Cruz de Carlos III, en fin, la personalidad toda de Sánchez Albornoz, ha salido a relucir en un merecidísimo homenaje póstumo en el que participará cada día más el pueblo español conforme vaya aumentando su formación cultural y que perdurará a través de su obra y de su lección.

La figura de don Claudio forma parte de un cuarteto insigne, cumbre de nuestra época y en el que todos los españoles deberíamos mirarnos como en un espejo. Los otros tres son Ortega y Gasset, Marañón y Madariaga. Coinciden los cuatro en un sentido liberal de la vida, en un concepto del orden indispensable para el buen funcionamiento de la sociedad y en un patriotismo inteligente y constructivo, con firmísimas bases culturales e históricas.

En la hora de la desaparición de Sánchez Albornoz, el postrero de los cuatro a partir, bueno será recordar algunos de los puntos que son clave de su obra, en especial aquéllos en que partiendo de la Historia y con valor permanente tienen una mayor proyección actual.

En la mente y en la obra del maestro, desde que inicia esta última, está intuída y querida toda la península, con una proyección europea desde los albores de la Humanidad y con su mensaje universal hacia ultramar.

Lo hace siempre en función de Castilla y León, partiendo de Asturias y de los núcleos pirenaicos de la Reconquista, pero no con sentido imperial sino de misión; no de absorción centralizadora, sino de unión de quienes han nacido en la misma tierra y han adquirido personalidad histórica en la misma gran empresa.

Por eso, en sus estudios y en la magna obra que los refleja a lo largo de tantos años, Sánchez Albornoz no lanza solos a los castellanos a la gran historia. Los identifica con los vascos, con los navarros, con los astur-leoneses; interpreta admirablemente los hechos catalán y gallego con sus peculiaridades hispánicas, hermanados todos en el gran crisol de la Reconquista; da la espléndida versión del nacimiento y posterior caminar paralelo de Portugal como un producto de la voluntad y del azar e incorpora con pasión al hacer común a Extremadura y Andalucía, novísima Castilla, las llama.

Sánchez Albornoz considera que en los actuales españoles perduran las características de los pueblos primitivos que habitaron la península, de aquellos que encontraron los romanos y la huella perdurable y magnífica que éstos dejaron y luego los visigodos, que nos trajeron los conceptos de Estado y de Monarquía.

En estas tradiciones heredadas, el maestro destaca la fidelidad, la tendencia al caudillismo, el dinamismo creador, que puede ser fermento de rebeldía, la defensa ardorosa del territorio, el concepto de los derechos y libertades, todo con una fuerza pasional, emocional, instintiva que él no puede criticar porque, profesor e investigador, también es así.

Destaca la importancia de los municipios, que tendrán fuerza militar y política, con una amplia base democrática, directa y corporativa, para él la más auténtica, sin intermediarios.

No debemos olvidar la trascendencia que en toda su obra da Sánchez Albornoz a la defensa del idioma. Si el castellano predominó como lengua española por antonomasia fue por su juventud y rotundidad, por su peso específico, por los insuperables ingenios universales que en ella escribieron. Y la lengua, si no al imperio, sí acompaña siempre al prestigio y al poder. El español, esa llave maravillosa para el futuro —nos dice el maestro—, que sería suicida el olvidarlo, el deteriorarlo, como están haciendo muchos, incluso aquéllos que por su personalidad e influencia difusora tienen una mucho mayor responsabilidad. El año 2000 habrá más de cuatrocientos millones de hispanoparlantes que deberán ese magno instrumento a aquél pequeño núcleo que fue la Castilla medieval.

A pesar de su castellanismo, Sánchez Albornoz rechaza la idea de todo monopolio, de un dirigismo centralista. Castilla fue durante muchos años la mayor parte del territorio peninsular, de Fuenterrabía a Cádiz, del Finisterre a Almería, la mayor en medios, en extensión. Todo lo pone al servicio de la unidad proyectada hacía fuera, olvidándose de su desarrollo, de su bienestar, de su provecho.

Cataluña, siguiendo las tradiciones de los Reyes de Aragón, marca la vertiente mediterránea de lo español y la defensa de esos intereses en Italia, en Francia, en el Norte de Africa, donde coincide con Castilla. El enfoque que da Sánchez Albornoz a la relación Castilla-Cataluña está lleno de sentido armonizador, superador, como de una hermosa simbiosis histórica. Dice que son dos reinos hermanados “por una comunidad de temperamento, por una pareja estructura vital, por un mismo hispanismo irrenunciable”. “Cataluña —recalca— perdió sus Fueros por la llegada de una nueva dinastía, la de los Borbones, no por Castilla, que los respetó en tiempo de los Austrias”.

“ ¡Cuántas semejanzas acercan a los almogávares a los conquistadores! ¡Y cuántas aproximan las dos aventuras!”, exclama don Claudio.

¡Cuántas páginas dedica en su obra a esa constante, a esa idea central de incorporación, de fraternal empresa hispánica en la que a nadie excluye y nada quita! Lo hace con la fuerza que le dan la documentación y los datos del desarrollo de los hechos a través de la Historia. De Canarias a Navarra (una de sus grandes predilecciones, a las que ha dedicado un admirable estudio), de Baleares a Galicia, con una particular atención a lo vasco, precisamente, tal vez, porque el viejo político y magno historiador, observaba ya desde lejos con tristeza el falseamiento de la Historia y los absur-

dos e inútiles intentos para el brutal desgarramiento de una de las más bellas y primigenias ramas del tronco nacional. Más que rama, una parte del mismo tronco, del mismo árbol, savia y raíz.

¡Cómo no va a ser así si, como decía Sánchez Albornoz, la obra de Castilla es un intento de vasconización de toda la península y el pueblo castellano nació de la matriz vasco-cantábrica! Y Menéndez Pidal escribía: "Castilla había metido una cuña vasca en Hispania".

Muchos temas de interés actual se deslizan a través de las páginas albornocianas. No deja de tenerlo la tesis enfrentada a la de Américo Castro: lo árabe y lo judío son elementos que se incorporan y se asimilan pero no prefiguran y determinan. Y lo árabe concretamente, perturbó nuestro devenir histórico apartándonos en gran parte del común vivir de Europa.

En una época como la nuestra en la que se juega alegremente a interpretar con intenciones políticas de presente los hechos del pasado, conviene recordar cómo Sánchez Albornoz expone y demuestra cómo las Comunidades no estuvieron en momento alguno contra la Monarquía ni contra la nueva dinastía de los Austrias, como algunos han pretendido y es moda.

Los comuneros defendían las esencias de Castilla al lado de sus reyes para afirmar la institución tradicional frente a las asechanzas y tropelías del séquito flamenco de Carlos I, no contra éste. Las Comunidades, movimiento aristocrático, hidalgo, municipal y pro-real por excelencia con el que se identifica parte del pueblo, es estudiado por el maestro sin pelos en la pluma, rehuendo cualquier fácil demagogia y resaltando cómo de la lucha sale reafirmada la unión de Castilla con sus reyes que son ya los de toda España.

Desde su fecundo retiro bonaerense, antes de su definitivo regreso, el anciano historiador recuerda su España trasatlántica, "separada de esta otra —dice— por el inmenso valle oceánico".

En toda su obra, siempre Hispanoamérica o Iberoamérica, como es debido. Jamás emplea los términos América Latina o latinoamericano, acuñados al servicio de intereses extraños y empleados machaconamente en España por quienes menos debían en una extraña moda del día que nadie se explica.

"Sueño con las casas de mis padres en Avila y en Madrid", decía don Claudio poco antes de volver, como un niño en su primera salida fuera de la casa paterna, o como un don Quijote, viejo y eterno, que es lo que fue, de vuelta ya de sus mil aventuras por los siglos. Le duele España. Está cansado de historiarla y de quererla. Es "la herencia de los míos, de los caballeros abulenses, mis abuelos, mi culto a la dignidad personal..., el amor a la libertad por encima de todo, de tejas abajo..."

De vuelta definitiva a su tierra, de vuelta ya de tantas cosas, el viejo republicano, el ministro naufrago, como le llamó Azaña, seguirá siempre a flote, más allá de su tiempo, en su obra, en sus discípulos, en su humana ejemplaridad.